

LOS CRÍMENES DE FJÄLLBACKA

CAMILLA LÄCKBERG

La bruja



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta
El caso Stella
Bohuslän, 1671
El caso Stella
Bohuslän, 1671
El caso Stella
Bohuslän, 1671
Bohuslän, 1671
El caso Stella
Bohuslän, 1671
El caso Stella
El caso Stella
El caso Stella
Bohuslän, 1671-1672
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
El caso Stella
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
Bohuslän, 1672
El caso Stella
Bohuslän, 1672

Bohuslän, 1672

Bohuslän, 1672

Bohuslän, 1672

Bohuslän, 1672

Gracias

Notas

Créditos

Para Polly

Era imposible saber qué vida habría llevado la niña. Quién habría llegado a ser. En qué habría trabajado, a quién habría querido, llorado, perdido y conquistado. Si habría tenido hijos y, en ese caso, quiénes habrían sido. Ni siquiera era posible imaginarse cuál habría sido su aspecto de adulta. A la edad de cuatro años no había aún nada definido. El color de los ojos alternaba entre el verde y el azul; el pelo, que tenía oscuro al nacer, era claro, pero había cierto matiz de rojo en el rubio, y seguramente aún podría cambiar. Ahora era más difícil todavía de decir. Flotaba boca abajo, con la cara vuelta hacia el fondo. Tenía la parte posterior de la cabeza cubierta de sangre densa, coagulada. Solo en los largos mechones que flotaban en el agua desde la coronilla se apreciaban los tonos rubios.

No podía decirse que aquella escena de la niña tuviera nada de espeluznante. Al menos, no más que si hubiera estado fuera del agua. Los ruidos del bosque eran los mismos de siempre. La luz se filtraba entre los árboles igual que siempre que el sol brillaba a esa hora del día. El agua se movía plácidamente alrededor de la pequeña, y lo único que alteraba la superficie era una libélula que, de vez en cuando, se posaba en ella y provocaba círculos diminutos en el agua. Ya había empezado la transformación y, llegado el momento, se fundiría con el bosque y con el agua. Si nadie la encontraba, la naturaleza seguiría su curso y la convertiría en una parte de sí misma.

Nadie sabía aún que la niña había desaparecido.

–¿Crees que tu madre irá de blanco? –preguntó Erica, y se volvió hacia Patrik en la cama.

–Hay que ver lo graciosa que eres –dijo.

Erica se echó a reír y le dio con el codo en el costado.

–¿Por qué es tan problemático que se case tu madre? Tu padre volvió a casarse hace mucho y no te parece nada raro, ¿no?

–Ya sé que es ridículo –dijo Patrik mientras movía la cabeza y plantaba los pies en el suelo antes de empezar a ponerse los calcetines–. Gunnar me cae bien, y es un alivio que mi madre no tenga que estar sola...

Se levantó y se puso los vaqueros.

–Supongo que es la falta de costumbre. Mi madre lleva sola desde que me alcanza la memoria y, si lo analizáramos detenidamente, seguro que la culpa la tiene el rollo ese de madre e hijo. Es que me parece, cómo diría..., raro... que mi madre vaya a tener vida... conyugal.

–¿Quieres decir que te parece raro que Gunnar y ella se acuesten?

Patrik se tapó los oídos con las manos.

–¡Para!

Muerta de risa, Erica le tiró un cojín que le llegó volando de vuelta, y enseguida estalló la guerra. Patrik se lanzó sobre ella en la cama, pero a la lucha siguieron las caricias y los suspiros. Erica buscó con las manos los botones de los vaqueros y empezó a desabotarlo el primero.

–¿Qué hacéis?

La voz clara de Maja los hizo detenerse y los dos miraron hacia la puerta. No era Maja la única que estaba allí, la flanqueaban sus dos hermanos pequeños, los gemelos, que observaban muy contentos a sus padres.

–Nada, estábamos haciéndonos cosquillas –dijo Patrik sin

aliento, y se puso de pie.

–¡Tienes que arreglar el pestillo de la puerta urgentemente! –susurró Erica, y se tapó con el edredón, que la dejaba al descubierto de cintura para arriba.

Se sentó en la cama y sonrió a los niños.

–Bajad y empezad a poner el desayuno, ahora vamos.

Patrik ya se había puesto el resto de la ropa e iba animando a los niños a que caminaran delante de él.

–Si tú no vas a poder atornillar ese pestillo, pídeselo a Gunnar. Él siempre tiene a mano la caja de herramientas. A menos que tu madre lo tenga muy ocupado con otros menesteres...

–Déjalo ya, anda –rio Patrik antes de irse.

Con una sonrisa en los labios, Erica se tumbó otra vez. Bien podía permitirse unos minutos más antes de levantarse. El hecho de no tener ningún horario que respetar era una de las ventajas de ser tu propio jefe, aunque también podía considerarse uno de los inconvenientes. Ser escritora implicaba tener mucha fuerza de voluntad y disciplina, y a veces podía resultar un tanto solitario. A pesar de todo, le gustaba mucho su trabajo, le encantaba escribir, dar vida a aquellas historias y aquellos destinos que decidía narrar, fisgonear e investigar para saber qué había ocurrido de verdad y por qué. Y llevaba mucho tiempo queriendo hincarle el diente al caso en el que estaba trabajando ahora. El caso de Stella, la niña a la que secuestraron y asesinaron Helen Persson y Marie Wall, había conmovido y aún conmovía a todos los habitantes de Fjällbacka.

Y Marie Wall había vuelto. La celebrada estrella de Hollywood se encontraba en Fjällbacka para rodar una película sobre Ingrid Bergman. El pueblo se deshacía en rumores.

Todos habían conocido a alguna de las dos, o ellos mismos o sus familias, y todos quedaron consternados aquella tarde de julio de 1985 en que el cadáver de Stella apareció en la laguna.

Erica se tumbó de lado y se preguntó si el sol calentaría tanto aquel día como lo hacía hoy. Cuando por fin recorriera los escasos metros de pasillo que la separaban del des-

pacho, empezaría precisamente por comprobar ese dato. Pero aún esperaría unos minutos más. Cerró los ojos y se adormiló al son del parloteo de Patrik y los niños, que le llegaba de la cocina.

Helen se inclinó hacia delante y dejó vagar la mirada. Apoyó las manos sudorosas en las rodillas. Récord personal, a pesar de que había salido a correr más tarde de lo habitual.

El mar se extendía azul y reluciente ante su vista, pero en su interior se desataba una tormenta. Hizo unos estiramientos y se rodeó con los brazos, no podía dejar de temblar. «Alguien acaba de pasar por encima de mi tumba», solía decir su madre cuando le ocurría. Y quizá fuera así, en cierto modo. No que caminaran sobre *su tumba* en concreto, pero sí sobre la de otra persona.

El tiempo había extendido un velo sobre lo sucedido, los recuerdos eran muy vagos. Lo que sí recordaba eran las voces, las de quienes querían saber con exactitud qué había ocurrido. Decían lo mismo una y otra vez, hasta que ella ya no sabía cuál era la verdad de los otros y cuál la suya.

Entonces le parecía imposible volver aquí, construir aquí su vida. Pero los gritos y los susurros se fueron acallando con los años, se convirtieron en un leve murmullo hasta que se silenciaron por completo. Y se sintió como si ella fuera, de nuevo, una parte natural de la existencia.

Pero ahora volverían las habladurías. Todo saldría otra vez a relucir. Y, como tantas veces sucedía en la vida, coincidían las circunstancias. Llevaba varias semanas sin dormir, desde que recibió aquella carta en la que Erica Falck le decía que estaba escribiendo un libro y que le gustaría verla. Había tenido que volver a pedir que le recetaran aquellas pastillas sin las que llevaba tantos años arreglándose. Sin ellas no habría superado la siguiente noticia: Marie había vuelto.

Habían pasado treinta años. James y ella habían vivido la

vida en silencio y sin muchos aspavientos, y ella sabía que eso era lo que quería James. Al final dejarían de hablar, le dijo un día. Y así fue. Los momentos oscuros pasaban rápidamente, siempre que ella procurase que todo fluyera como debía. Y se las había ingeniado para mantener ocultos los recuerdos. Hasta ahora. Veía fogonazos de imágenes. La cara de Marie se le representaba a la vista con toda claridad. Y la alegre sonrisa de Stella.

Helen volvió la vista al mar, tratando de seguir el movimiento de las escasas olas. Pero las imágenes se resistían a dejarla en paz. Marie había vuelto; y con ella, la perdición.

–**P**erdón, ¿dónde están los servicios?

Sture, de la parroquia, miraba alentador a Karim y a las demás personas que se habían reunido para recibir clases de sueco en el campo de refugiados de Tanumshede.

Todos repetían la frase lo mejor que podían: «Perdón, ¿dónde están los servicios?».

–¿Cuánto cuesta? –continuó Sture.

Y otra vez el coro: «¿Cuánto cuesta?».

Karim se esforzaba por relacionar los sonidos que emitía Sture desde la pizarra con el texto que tenía delante. Todo era tan distinto..., las letras que debían leer, los sonidos que debían reproducir.

Miró alrededor en la sala y vio a aquel valeroso grupo de seis personas. Los demás estaban fuera jugando con un balón bajo el sol, o se habían quedado en las cabañas. Algunos trataban de pasar los días y ahuyentar los recuerdos durmiendo, mientras que otros se escribían por correo electrónico con amigos y familiares que seguían en su país y que aún estaban localizables, o visitaban páginas de noticias en internet. No porque hubiera mucha información: el Gobierno se limitaba a difundir propaganda, y las agencias de noticias de todo el mundo tenían serias dificultades a la hora de enviar allí a sus corresponsales. Karim había sido periodista en la vida que había dejado atrás y conocía bien

lo difícil que resultaba obtener información correcta y actualizada de un país en guerra, tan destrozado por dentro y por fuera como Siria.

–Gracias por invitarnos a vuestra casa.

Karim resopló. Aquella era una frase que nunca podría usar. Si algo había aprendido a la primera fue que los suecos eran reservados. Allí no tenían ningún contacto con suecos, salvo con Sture y los demás trabajadores del campamento.

Era como si los hubieran llevado a un país más pequeño dentro del país, aislados del entorno. Ellos mismos eran su única compañía. Y los recuerdos de Siria. Los buenos, pero sobre todo los malos, los que muchos revivían una y otra vez. Karim, por su parte, trataba de reprimirlos. La guerra, que se convirtió en algo cotidiano. El largo viaje hasta aquella tierra prometida del norte.

Él había sobrevivido. Igual que su mujer, Amina, a la que tanto quería, y sus dos tesoros, Hassan y Samia. Eso era lo único que contaba. Había logrado llevarlos a un lugar seguro, darles una posibilidad de futuro. Lo importunaban en sueños los cadáveres flotando en el agua, pero en cuanto abría los ojos desaparecían. Él y su familia estaban allí. En Suecia. Lo demás carecía de importancia.

–¿Cómo dice cuando acuestas con alguien?

Adnan se rio al oírse hacer la pregunta. Él y Khalil eran los dos chicos más jóvenes. Siempre se sentaban juntos y se jaleaban.

–Un respeto –dijo Karim en árabe, reprobándolos con la mirada.

El chico se encogió de hombros a modo de disculpa y Sture asintió sin decir nada.

Khalil y Adnan habían llegado solos, sin familia, sin amigos. Habían logrado salir de Alepo antes de que huir resultara demasiado peligroso. Huir o quedarse, las dos opciones implicaban peligro de muerte.

Karim no era capaz de enfadarse con ellos, a pesar de la evidente falta de respeto. Eran unos críos. Asustados y solos en un país extraño. Esa bravuconería era lo único que

tenían. Todo les resultaba ajeno. Karim había hablado con ellos alguna vez después de las clases. Sus familias habían reunido todo lo que tenían para poder darles la oportunidad de llegar a Suecia. No era poco el peso que llevaban aquellos muchachos sobre sus hombros. No solo se veían arrojados a un mundo extraño, sino que además se les exigía que se buscaran la vida cuanto antes para poder salvar de la guerra a sus familias. Sin embargo, aunque los comprendía, a Karim no le parecía aceptable que fueran irrespetuosos con su nueva patria. Por mucho miedo que les inspirasen a los suecos, estos los habían acogido en su país. Les habían dado techo y comida. Y Sture acudía allí en su tiempo libre y se esforzaba por enseñarles a preguntar cuánto costaban las cosas y dónde estaban los servicios. Karim no entendería del todo a los suecos, pero les estaba eternamente agradecido por lo que habían hecho por él y su familia. No todo el mundo pensaba como él, y aquellos que no respetaban el país de acogida los perjudicaban y conseguían que los suecos los vieran a todos con recelo.

–¡Qué buen tiempo hace hoy! –dijo Sture pronunciando las palabras con claridad junto a la pizarra.

–Qué buen tiempo hace hoy –repitió Karim sonriéndole.

Después de dos meses en Suecia, entendía perfectamente lo mucho que agradecían los suecos que brillara el sol. «Vaya mierda de tiempo» fue una de las primeras frases que aprendió en sueco. Aunque seguía sin ser capaz de pronunciarla bien.

–¿Cuántas veces crees tú que lo hace la gente a esa edad? –dijo Erica, y bebió un trago de la copa de vino espumoso que había pedido.

Las risas de Anna atrajeron la mirada de los demás clientes del café Bryggan.

–¿En serio, hermanita? ¿De verdad que te planteas esas cosas? ¿Cuántas veces lo hará la madre de Patrik?

–Sí, pero me lo planteo desde una perspectiva un poco

más amplia –dijo Erica, y tomó otra cucharada de la cazuela de marisco–. ¿Cuántos años de buena vida sexual tenemos? ¿Se pierde el interés en algún momento del camino? ¿Se sustituye el apetito sexual por un deseo irrefrenable de hacer crucigramas o sudokus y de comer gominolas, o permanece constante?

–Desde luego...

Anna meneó la cabeza y apoyó la espalda en la silla, tratando de encontrar una postura cómoda. A Erica se le encogía el corazón cuando miraba a su hermana. No hacía tanto que habían superado el terrible accidente de tráfico en el que perdió el hijo que esperaba. Nunca le desaparecerían las cicatrices de la cara. Por otro lado, ahora estaba a punto de dar a luz al fruto del amor que Dan y ella se profesaban. La vida podía darte sorpresas, desde luego.

–Por ejemplo, ¿tú crees que...?

–Si estás a punto siquiera de decir «mamá y papá», me levanto y me voy –dijo Anna con la mano en alto–. No quiero ni pensarlo.

Erica respondió con una sonrisa burlona.

–Vale, no voy a poner de ejemplo a mamá y a papá, pero ¿cuántas veces crees que lo hacen Kristina y Bob el Manitas?

–¡Erica! –Anna se tapó la cara con las manos y sacudió otra vez la cabeza–. Y tenéis que dejar de llamar al pobre Gunnar Bob el Manitas, como el personaje de los dibujos animados, solo porque es bueno y mañoso.

–Bueno, vale, pues vamos a hablar de la boda. ¿A ti también te han convocado como consejera de estilo para el vestido? No puede ser que sea yo la única que tenga que dar mi opinión y poner buena cara mientras ella me enseña un modelito tras otro, a cual más ñoño y espantoso.

–No, claro, a mí también me ha preguntado –dijo Anna, y trató de adelantarse un poco para comerse el bocadillo de gambas.

–Póntelo en la barriga en lugar de en la mesa –sugirió Erica con una sonrisa, que recibió como recompensa una mirada iracunda de Anna.

Por mucho que Dan y Anna desearan aquel hijo, estar embarazada con ese calor estival no era ningún regalo, y Anna tenía una barriga gigantesca, sin exagerar.

–Bueno, ¿y no podemos tratar de dirigir un poco ese tema? Kristina tiene muy buen tipo, tiene la cintura más estrecha que yo, y el pecho más bonito, solo que no se atreve a lucirse. Imagínate lo guapa que iría con un vestido entallado de encaje y un poco de escote.

–Conmigo no cuentes si lo que quieres es someter a Kristina a una especie de cambio de imagen –dijo Anna–. Yo pienso decirle que está guapísima se ponga lo que se ponga.

–Cobardica.

–Tú te encargas de tu suegra y yo de la mía.

Anna dio un mordisco al bocadillo y puso cara de placer.

–Ya, claro, como Esther es tan dura de pelar, ¿no? –dijo Erica, y enseguida se imaginó a la madre de Dan, que era encantadora y que nunca jamás expresaba la menor crítica u oposición.

Ella lo sabía por experiencia propia, desde la época ya remota en la que estuvo saliendo con Dan.

–Sí, es verdad, he tenido suerte con ella –dijo Anna, y soltó un exabrupto al ver que se le caían las gambas del bocadillo encima de la barriga.

–Bah, no te preocupes, nadie se fija en la barriga, con ese par de bazucas enormes que tienes –dijo Erica, y señaló los pechos talla grande de Anna.

–Cierra el pico.

Anna se limpió la mayonesa del vestido como pudo. Erica se inclinó hacia delante, le cogió a su hermana pequeña la cara entre las manos y le dio un beso en la mejilla.

–¿Y eso...? –preguntó Anna asombrada.

–Nada, que te quiero mucho –dijo Erica sin más, y alzó la copa–. Por nosotras, Anna. Por ti y por mí y por esta locura de familia que tenemos. Por todo lo que hemos pasado juntas, por todo aquello a lo que hemos sobrevivido y porque ya no hay secretos entre nosotras.

Anna parpadeó conmovida, alzó el vaso de refresco y

brindó con Erica.

–Por nosotras.

Por un instante, Erica creyó atisbar un destello sombrío en la mirada de su hermana, pero un segundo después había desaparecido. Habrían sido figuraciones suyas.

Sanna se inclinó sobre las celindas y aspiró su aroma, pero no la apaciguó como otras veces. Los clientes se movían a su alrededor, examinaban las plantas de las macetas y cargaban sacos de tierra en los carritos, pero ella apenas se percataba de su presencia. Lo único que veía ante sí era la sonrisa falsa de Marie Wall.

Sanna no podía creérselo, pero había vuelto. Después de todos aquellos años. Como si no tuviera bastante con tropezarse con Helen por el pueblo y tener que saludarla con un gesto siquiera.

Había aceptado el hecho de que Helen estuviera por allí, de poder cruzársela en cualquier momento. Veía en sus ojos la culpa, veía que a medida que pasaban los años la iba devorando cada vez más. Pero Marie nunca había mostrado ningún remordimiento, y en todas las revistas del corazón aparecía con su cara sonriente.

Y allí estaba otra vez. Marie la falsa, la guapa, la que siempre estaba riendo. Eran compañeras de clase en el colegio Kyrkskolan. Sanna había envidiado sus pestañas larguísimas y su frondosa melena rubia que se desgranaba en rizos hasta la cintura, pero también había detectado la negrura que llevaba dentro.

Por suerte, los padres de Sanna no tenían que ver a Marie pasearse tan sonriente por el pueblo. Ella tenía trece años cuando su madre murió de cáncer de hígado, y quince cuando su padre exhaló el último suspiro. Los médicos no lograron señalar la causa exacta de la muerte, pero Sanna sabía lo que le había ocurrido: se había muerto de pena.

Sacudió la cabeza y se le reavivó el dolor.

La obligaron a mudarse con su tía Linn, pero allí nunca se